



¡QUE PAISANAJE, MACHO!

El célebre autor teatral Sebastián Colodrillo se ha descolgado con la insólita novedad de implantar una censura previa a la taquilla, con el fin de seleccionar a los posibles espectadores. El dramaturgo ha manifestado: «De esta forma se evitan al autor la ofensa y el desprecio que significan muchas asistencias».

Los organismos competentes están todavía de piedra.

Hincó el pico don Benito Boca fría López, pipero de profesión. Ha ido directamente al infierno (fila dos), habida cuenta de que

durante cuarenta años anduvo pregonando «chochos de vieja», cuando toda la gente de orden sabe bien que Dios creó esos frutos llamándolos «altramuces».

Se rumorea en los ambientes de alcurnia y boato que existe un decidido movimiento para desproveer de su título a la señora marquesa de Arcalaplaya. Al parecer se considera humillante para la aristocracia el hecho de que la citada marquesa haya cometido la ordinariez de parir trillizos.

AGENCIA PAM



AMOR DE AYER Y DE HOY



Una canción no demasiado nueva, o más bien manifestamente vieja ya —habida cuenta de lo efímero de estas creaciones artísticas que nacen, escalan a velocidades de automóvil descajotable las listas de éxitos y mueren, casi siempre sin pena ni gloria, a los pocos meses o a las pocas semanas—, me ha hecho comprender la diferente inteligencia del amor entre un ayer no demasiado remoto y el hoy inmediato que estamos viviendo.

Ya se sabe que lo del amor eterno no pasa de ser una bella, pero increíble imagen, algo en lo que no cree ni quién lo dice, ni quién lo oye, ni siquiera en el momento de producirse el juramento, la promesa o la simple frase. Entre otras cosas, porque en el mejor de los casos —Inmortalidad del alma aparte— la eternidad quedaría reducida a veinte o veinticinco años a

lo sumo. Sin embargo, pese a la fragilidad de la condición humana, a lo mutable de las circunstancias, a la atracción que sobre cualquiera ejerce siempre lo nuevo, y a que la persona amada, fatal e invariablemente envejece, engorda, encanece, mengua, se queda calvo o calva, contrae la celulitis o se encorva, entre un amor de siempre, diríamos normal, y estos de ahora, media una enorme distancia. Los amores tradicionales duraban un lustro, dos o tres años, o al menos uno y, en el peor de los casos, un verano. La canción reveladora, a que al principio aludía, fija en su letra un programa de actuación y una norma: «Para amar y soñar este fin de semana». La duración de un amor profundo no pasa hoy, pues, de unas horas. Eso es todo y con eso basta.

Realmente, si Romeo y Julieta, los amantes de Teruel o cualesquiera de esas célebres parejas de fanáticos enamorados profesionales, que pasaron su vida atormentados gracias a un entendimiento con toda probabilidad absurda del problema —y que además por culpa de él terminaron sus días de manera trágica, o cuando menos simplemente mal— se hubieran limitado a «amar y soñar» sólo un fin de semana, quizá no hubieran pasado a la Historia ni a las antologías, pero habrían vivido tan ricamente. Romeo y Diego Marcilla habrían sido don Juan Tenorio —que ése sí que era un precursor y un listo— y Julieta e Isabel de Segura hubieran muerto cargadas de hijos —más o menos uno por cada fin de semana—, porque entonces no se conocían ni la píldora ni casi nada.

Claro que no se sabe qué es peor...

LEO DE LIPPI



EL drama de Benito Urdampidelius era que, ocupando el cargo de asesor general de Financiación Inconcreta en una empresa multinacional, el volar en avión le inspiraba un miedo-pánico; era algo superior a sus fuerzas, a pesar de que intentaba autoconvencerse de que era el medio de transporte más cómodo y seguro. Pero en el medio de los negocios existe el refrán: «Ejecutivo que no vuela, a la cazuela», y aquella extraña aerofobia hubiese podido tener funestas consecuencias para su carrera de no haber sido por aquel vuelo Munich-Madrid que le hizo perder el miedo al avión para siempre. Volvía Benito de Alemania, donde acababa de amañar un importante chanchullo financiero, y a pesar de que el vuelo estaba siendo perfectamente normal, el pobre ejecutivo estaba pasando el mal rato de costumbre; al menor cambio de régimen en los motores se le subía el corazón a la boca, pensando que se habían parado, y a cada bache cerraba los

ojos, musitando una oración; sólo con que conectasen el rutinario aviso de abrocharse los cinturones se ponía a sudar frío, poniéndose en lo peor. Era aquél el amargo calvario que sufría en todos los vuelos, pero en aquella ocasión encontró a la buena samaritana, vestida de azafata, que comprendió su problema: «Si le da miedo el avión, véngase usted a la cabina, y comprenderá que aquí no hay trampa ni cartón». Dicho y hecho; el comandante resultó un muchacho encantador, que le explicó con palabras sencillas los secretos de la navegación. Visto desde allí, todo parecía lógico y normal, y Benito empezó a ganar confianza cuando, de pronto, se encendieron unos luminosos rojizos en el tablero de mandos, al tiempo que sonaba un escandaloso timbrado; el piloto pegó un salto en su asiento y su faz se puso lívida como nalga de monja, pero comprendió que no debía alarmar a aquel

miedoso pasajero. «Este es el aviso de que uno de los motores puede estar incendiado, pero no se preocupe, todo está previsto: tiro de esta palanca e interrumpo la toma de combustible, al tiempo que lanzo sobre el motor el primer grupo de extintores; todavía no se apaga, bien, pues tirando hacia este lado pongo en funcionamiento el segundo grupo de extintores». A pesar de los esfuerzos del comandante, el motor seguía incendiado y se oían carreras y voces del terrorizado pasajero; en cambio, Benito, por una vez, estaba tranquilo, y daba gracias a Dios de que aquella emergencia le hubiese sorprendido en la cabina y no sentado en su asiento, donde hubiese pasado un rato más, sin comprender nada de lo que estaba pasando. El piloto seguía tranquilizándole con sus explicaciones: «No se preocupe, que estamos ya cerca del aeropuerto; podemos tomar tierra perfec-

tamente con un motor parado». En el momento de bajar se encendió otro luminoso; «Eso me indica que el tren de aterrizaje no ha quedado fijo, quizá a causa de un corto circuito». Era demasiado tarde para remontar el vuelo; el avión se lanzó sobre la pista como una golondrina sedienta de cemento, pero nada más tocar el suelo sus ruedas se encogieron como las patas de un ave al rozar el agua; el choque fue brutal, pero el piloto consiguió hacerse con el aparato; el pasajero salió ileso, excepto una chica que resultó ultrajada en el revoltijo. Pero Benito Urdampidelius, que no llegó a alcanzar su asiento en el momento de tomar tierra, se destruyó la cabeza contra una arista de acero; le llevaron al hospital en estado comatoso, y sólo recuperó la lucidez unos instantes para decirle a su mujer: «Puedes quedarte tranquila; le he perdido completamente el miedo al avión».

EL HIJO DE GUZMAN EL BUENO

